

Fin de mundo

para Eduardo y Eunice

Como un diluvio en la bañera,
como el humo del holocausto en la cocina
donde un arroz ya demasiado cocido
crepita en la olla de su infierno:
el fin del mundo acecha.

Inútil es precaverse
con almacenes de municiones,
con despensas indispensables,
con bien surtidas bibliotecas
en silos subterráneos,

porque no serán las profecías
siempre postergadas
en el aviso de ocasión
las que toquen a la puerta,
ni cifras cabalísticas
de estratosféricos apocalipsis,
ni hecatombes de pacotilla
que vengan a perturbar
este tedio de mundo en domingo,
este hastío succulento,
este ya lunes
de somnífera insistencia,

ni las radiaciones de la radio
o la televisión ventrílocua
y sus torturas a distancia,
ni el periódico a primera hora
cubriendo los primeros muertos,

ni la voladura de puentes,
ni el desplome de rascacielos,
nada que no haya sido visto desde hace siglos
con una constancia tal
que diríase tan natural
como una flor que florece,
porque al fin,
todo será solamente
una sigilosa disolución de fosfenos
en lo más sutil del ojo.

Publicado en el suplemento literario “El Angel” del periódico *Reforma*, México, 8 de Agosto, 1999.